MIRELLA GRANUCCI

Casi 30

Planeta

Nuestro destino de viaje nunca es un lugar,
sino una nueva forma de ver las cosas.

Henry Miller

Mi nombre es Mirella Granucci, soy escritora de solo un libro publicado. Uno que la gente especializada nunca consideró como «literatura de verdad» y, como tampoco era una *influencer* escribiendo un libro sobre amor propio, no obtuve la categoría de *bestseller* que genera tanta envidia.

Yo estaba en el limbo, ¿y sabes cuál es el problema del limbo? Estar en un lugar que representa un no-lugar y no saber cómo salir de ahí.

Entonces, cumplí veintinueve años —sufro crisis de los treinta desde los veinticinco— e hice exactamente lo que ningún psicólogo en la historia de la psicología universal aconseja: tomar una decisión realmente importante por impulso.

Miro mi Rize de emergencia dentro del bolsillo interno de mi cartera. La verdad es que no sé desde hace cuánto tiempo lo tengo. Y, a diferencia de un adolescente con un condón que ya tuvo un año en la billetera, me resisto a usarlo. Siempre creo que habrá una situación peor y me hará más falta que

ahora. Así que cierro los ojos y digo despacito con fingida convicción: «Tú puedes, Mirella».

Honestamente, entre nosotras, no tengo la más puta idea si puedo, pero dejo mi ansiolítico de emergencia donde estaba y aseguro los brazos de mi asiento con fuerza, mientras el avión despega del suelo. No es el miedo de volar lo que me hace tener dificultad para respirar en este momento, es haber accedido a hacer un trabajo que no sé si soy capaz.

¿Recapitulemos? Tenemos tiempo, este vuelo dura trece horas.

*

Cinco semanas atrás…

Entro a la oficina de mi editor con un cuerpo avergonzado. ¿Sabes de lo que hablo? Quiero creer que todos nos sentimos así: sonriendo más de lo que es saludable y, así, demostrando la total ausencia de felicidad en el cuerpo —y la espalda creando a la perfección una C—: hombros caídos y el culo tan metido adentro que se convierte en panza.

Pese a la pose de la Mujer Maravilla —pecho abierto y manos en la cintura— y las frases motivacionales que me dije frente al espejo del ascensor hacía dos minutos, estoy así porque creo que me «va a dejar ir», lo que me parece obvio, ya que soy una escritora que tiene el Instagram más actualizado que el currículum; una manera de autoengaño de seguir sintiéndome escritora, si tiro un par de palabras

motivacionales que no me sirven. No acompañadas de fotos en bikini.

Me siento frente al editor y ya tengo en la punta de la lengua una lista de malas justificaciones y promesas, que yo ya sé, mentirosas. Y, aunque no quiera, mis lágrimas también están más que listas para saltar y hacer su nado sincronizado junto con los mocos de mi nariz. Han estado entrenando hace meses en la ducha.

Pero el editor me mira… ¿contento?, nunca lo consideré sádico, y dice:

—¿Qué te parece ser *ghostwriter* de nuevo?

Aclaro. Con las cuentas por pagar, y una credibilidad de mierda por no lograr entregar la segunda parte de *12*, escribí un libro como escritora fantasma para alguien que quería tener un libro, pero no se interesa en escribir uno. El libro vendió ocho veces más que el mío. Es un sentimiento bastante contradictorio de asimilar en silencio. En especial, si eres Leo en el zodiaco. ¿Es muy temprano para justificar mi mala personalidad con el horóscopo?

Después de la experiencia, me prometí que jamás iba a escribir un libro para otra persona.

Y claro que, esa misma Mirella que lo prometió con tanta verdad y honra, está ahora asintiendo con la cabeza como un perrito de taxi a la propuesta.

Creo que estaba tan segura de que me iba a echar, que, si me ofreciera un trabajo haciendo baile erótico

vestida de payaso, le diría que podría ser interesante sacarme una nariz roja del culo.

—Lo hago.

Él piensa por un instante y dice lo que sabe que tiene que decir:

—Mirella, necesito que… es que, no da para que no entregues este libro, ¿vale? Es algo grande. Más grande que todo lo que hiciste hasta ahora.

Finjo que sus palabras no me afectan.

—Lo voy a entregar.

El editor me sonríe y parece que cree en mi respuesta. Dios me ayude, me digo a mí misma. Él sigue más entusiasmado de lo que le he visto nunca:

—Y no te conté la mejor parte. Es una actriz española. Puedes hacerlo desde aquí, por Zoom, o puedes irte a Madrid. ¿Qué te parece?

Me parece que pueden traer la nariz roja, porque estoy lista para metérmela en el culo.

Claro que salí de su oficina feliz. Entré al mismo ascensor que me había visto antes y cuando las puertas se cerraron, hice el baile de la victoria y una versión de la Mirella *fitness* de los ochenta, con muñequeras y body amarillo neón. Me dije: «Vas a ser feliz de nuevo, ¿me escuchaste?».

Una frase que, contradictoriamente, me hizo querer llorar.

Con los días, la decisión fue volviéndose cada vez más real y el miedo a fracasar, también.

*

De vuelta al avión.

Pongo las manos en mi cara con falsa desesperación, como Macaulay Culkin en *Mi pobre angelito*, y digo con la voz más amablemente manipuladora que pueda:

—Hola, ay, estoy tan perdida.

El comisario a bordo, un hombre de unos cuarenta que se ofendería si supiera que no le di treinta y cinco años, de cara redonda y sonrisa fácil, descansa las manos en el carrito de comestibles del avión y apoya el peso del cuerpo en la pierna izquierda, para que yo siga con lo que él ya sabe, por temas de oficio, lo que va a venir.

—No sé qué elegir. ¡Es que tengo tanta hambre! Y me pusieron aquí. Estoy en el asiento 52B, última fila —me rehúso a pagar más por un asiento mejor (un tema de principios) y utilizo ese argumento para responsabilizar a la aerolínea que no citaré su nombre… Latam, de mi ansiedad. Yo sigo—. Y estoy sintiendo el olor de la comida hace horas.

No hace horas. Y él lo sabe. La señora a mi lado, que estaba tan entretenida con un capítulo de *Betty la fea*, me está mirando. ¿Quién ve *Betty la fea* en un avión?

—¿Será que podría, tal vez, elegir dos? —pregunto convencida de que es ahora o nunca. Mirella, lánzate con todo—. La carne con papas y la pasta con vegetales. Tal vez.

Mi voz termina tan aguda que no creo que alguien que no sea un perro pueda haberla escuchado.

Él se agacha al lado del carrito, como una profesora de parvulario y me dice con una sonrisa protocolar/empática:

—Mira, no puedo prometerte nada, pero si sobra, te lo traigo, ¿vale? Por ahora, carne con papas, ¿me dijiste?

Asiento con la cabeza. Pienso que el juego está perdido, pero veinte minutos después, él viene en mi dirección todo contento con una bandeja de pasta con vegetales. ¡Lo amo! Fijo, somos parte del mismo club secreto de gorditos con ansiedad.

Cuando pienso eso, me acuerdo de Nicole, por motivos obvios de haber fundado este club.

Con Nicole, nos conocimos cuando me mudé a Chile. Ella me invitó a una cita amorosa y yo acepté, teniendo clarísimo que yo era una heterosexual sin ninguna curiosidad —bueno, aún lo soy—. Cuando Nicole me preguntó por qué fui si no tenía ningún interés en ella, le dije que quería tener una amiga. Ella soltó un «já» y agregó: «¿No te da vergüenza decirlo así?». Yo me hice la segura, y negué con la cabeza. Ella me miró por un momento como pensando qué hacer, y me dijo: «Louis, creo que este es el principio de una gran amistad». Le comenté que infelizmente no tendríamos París, pero que también creía que sí. Ella se levantó de la mesa y me dijo: «Muy bien, pasaste la prueba de la amistad que inventé hace un minuto y estás invitada al cine. Vamos».

Siento una presión en el pecho. Sé que no es solo el hecho de creer que soy incapaz de hacer este trabajo lo que me tiene afligida —aunque eso gatilla una enorme parte de mi pánico, ojo—, sino también sentir que tal vez me estoy escapando de Nicole, porque no sé hablar de lo que le pasó.

Nadie habla de la complejidad de las amistades. Estamos tan enfocados en revelar los «misterios de las relaciones de pareja» que parece que nos faltan herramientas para saber conversar con una amiga y decir las cosas que nos pasan que no son tan… bonitas. Entonces, en lugar de decirlas, empezamos a alejarnos, las dinámicas se vuelven una reproducción plástica de lo que un día fueron, las llamadas y mensajes escasean, y lo único que se comparte ahora es fingir demencia momentánea cuando el elefante en la sala está rozando la colita en nuestras narices.

La señora sentada a mi lado se cansa de ver *Betty la fea* y me pide permiso para ir al baño. Yo me desabrocho el cinturón de seguridad con agilidad y me paro sonriendo, para que pase. Aún quiero ganar su simpatía, pero parece que ella ya decidió que no le caigo bien, y pasa por mi lado mirando el piso. Aprovecho que me levanté para estirar los brazos en el pasillo y después me obligo a llevar las manos hasta las puntas de los pies. Y, por primera vez en la vida, me doy cuenta de que mis clases de ballet quedaron olvidadas y que ya no tengo la elasticidad que me caracterizaba. Me digo forzando el cuerpo: unos kilos de sobrepeso están ok, pero *no* sin flexibilidad.

Antes de que la señora vuelva, agarro mi mochila del compartimiento de arriba y saco el libro que Nicole me regaló cuando le conté que iba a España. No me abrazó, ni me deseó buen viaje. Me tiró el libro y me dijo: «Llévatelo. Es de un autor español. Te va a gustar». Y cuando le pregunté si iba a estar bien, con un tono más angustiado de lo que yo quería que sonara, rodó los ojos, tan típico de ella, y asintió con la cabeza como si fuera una preadolescente respondiendo a su madre.

Cuando la señora vuelve —imposible hacer contacto visual aquí, por lo visto—, me acomodo después de ella, con el libro en mis manos. La portada tiene colores oscuros poco atractivos. Sé que no voy a empezar a leer a esta hora, necesito cumplir con el máximo de películas de avión que puedo ver, pero abro el libro y veo la foto en blanco y negro del autor. Un hombre mayor con una mirada directa que parece observar a cualquiera que abra su libro. Tal vez por eso lo saludo con un sorpresivo «¡hola!». Ignoraremos que la señora suspira aquí al lado. El autor no sonríe, ni hace la típica cara de intelectual que se espera de estos retratos de escritores, como una mano en el mentón. Acerco su foto a mis ojos para investigar los vestigios del personaje. No hay mucho. No es particularmente guapo, no está feliz, pero tiene ese enigma en la boca, como estas personas que parecen guardar para ellas mismas la mayoría de

sus ideas. El libro es una reedición de lo que parece ser su gran fenómeno editorial.

La introducción es más actual:

Madrid, 2019.
Cuando alcanzaba los treinta años, ya se asomaban algunos hilos plateados en mi cabello, los cuales me provocaban gracia. ¿Eso era envejecer? Me encontraba inmerso en la escritura de mi tercer libro. Este, el que pretendía otorgarme la relevancia que hasta entonces no había alcanzado.
Hoy, casi quince años después, comprendo que mi existencia no sufriría grandes cambios. Si tan solo hubiese sabido que la forma en que viví hasta los treinta años determinaría el resto de mi vida, me atrevería a más y todo sería —arriesgo aquí a tener un único momento de optimismo— mejor.

Las palabras me golpean. Y tengo esa emoción tonta de cuando sentimos que algo fue escrito solamente para responder a la pregunta que ha orientado todos nuestros últimos pensamientos.

El extracto del libro se convierte en una máquina del tiempo y, atravesados los años, me encuentra aquí, en un avión cruzando el océano Atlántico —y con ganas de hacer pipí—.

Faltan quince semanas para mis treinta años.

Tengo quince semanas para… armar el plan.

*

Ok, me encanta tener un plan, una lista, una meta. Algo que yo sienta que puedo dar *check*, como si la vida fuera así de lógica y sencilla. Incluso el primer libro que escribí se trataba de un puto plan: durante un año, tendría una relación al mes para superar a mi ex —te juro que no era para rimar—.

Pero este plan no se trata de hombres y romance y todas esas cursilerías que nos hacen sentir tan felices, y después tan miserables.

Este es un plan para mi «desarrollo personal». Dios, ¿existen dos palabras juntas que eleven más la producción de cortisol que «desarrollo personal»? Pensé en «dinámica de grupo», pero son tres palabras.

Cierro el libro y agarro mi cuadernito. Escribo intentando poner una letra más bonita de lo que siempre me sale.

Cosas para hacer antes de los treinta

» Actividad física.
» Meditar.
» Dormir bien.
» Tener un trabajo-trabajo (después de ser *ghostwriter* por última vez).
» Estar en el mundo. Ir a conciertos, charlas, museos. Ocio de calidad, no pasar seis horas en Instagram. ¡No ser una ermitaña floja!

» Leer más. ¡Diversificar las lecturas y no leer solo basuritas deliciosas de relaciones amorosas imposibles!
» Ser una persona feliz. No sé qué significa eso exactamente en la práctica. Investigar.
» ¡¡¡¡Escribir mi segundo libro de una puta vez!!!! (de lo que sea).
» Hacer masaje facial. No pienso ponerme bótox.
» Ser valiente. Básicamente, ser como cuando tenía veinte años y tenía «suerte».
» Decir sí para cambiar mi destino (no para drogas, no para sexo, o mejor, sí para el sexo que no parezca que pueda contraer una ETS).
» Aprender a decir no (y no sentirme mal por eso).
» Trabajar mi autoestima para sentirme como un hombre blanco heterosexual promedio.

Releo la lista. Confieso que me parece un poco vergonzosa, larga, sin ninguna lógica clara, e imposible —en especial el último ítem—. Por un momento, veo que me falta escribir algo como «amar a alguien de nuevo». Pero algo dentro de mi dice no. Y decido dejar la lista como está.

*

Ninguna hora de sueño y cuatro películas y media después, el avión toca el suelo del aeropuerto Madrid-Barajas y claro que, en este instante, la versión Mirella saboteadora con un hacha en la mano llega a juzgarme dentro de mi cabeza.

Sabes que eso no va a funcionar, ¿verdad? No eres escritora. Escribes en un idioma que dominas menos que niños de cuarto básico, con Google traductor abierto en la computadora. *Loser*. La actriz española te va a encontrar un fraude, cuando te equivoques y digas «inexperiente» en lugar de decir «inexperta», que es lo que eres. Este trabajo es para gente adulta y profesional. Tú sabes que no eres ninguna de estas dos cosas. Además, tu salud mental no anda de las mejores. ¿Quién hizo boquita de pato ayer mientras lloriqueaba en la ducha porque se sentía infeliz? ¿No es por eso por lo que estás aquí? Te aferraste a esta última oportunidad, porque querías huir de lo cagada que está tu vida. De la mala amiga que eres. Del libro que no escribiste. Dime, ¿de verdad crees que vas a cumplir esta lista ridícula que hiciste? Y si sabes que no la vas a cumplir, ¿por qué la escribiste? A fin de cuentas, Mirella, ¿qué has cumplido en tu vida? ¿No te da un poco de depresión la respuesta?

Niego con la cabeza para alejar el miedo, sé que es solo el miedo gritando en mis oídos. La señora a mi lado se asusta y por instinto me mira —ajá, contacto visual completado—, le sonrío, tímida.

—Perdón. Alejándome de la locura.

Te juro que no estoy inventando este diálogo para el libro. La peor parte es que digo «alejándome de la locura», mientras agito las manos al lado de mi cabeza, mirándola a los ojos —y queda claro que no he logrado mi cometido—. Ella no me contesta ni expresa ninguna emoción, pero mueve el cuerpo para «decir» que quiere pasar.

Otra cosa para la lista: «aceptar no caerle bien a todo el mundo y estar en paz con eso». En resumen, no ser una egocéntrica de mierda.

Salgo del avión y cruzo el aeropuerto, con el pecho abierto, como si estuviese en una película y mi personaje se sintiera más segura de lo que efectivamente estoy.

Sigo el flujo de gente que camina y baja por escaleras mecánicas. Cuando siento que ya bajamos todas las escaleras posibles, aparece un metro con una sola dirección. Entro al último carro, y veo por el vidrio el camino que el gusano metálico va dejando atrás. Después, compro un chip para mi celular que seguramente tiene un precio inflado —la cuota para los inseguros ansiosos— y también compro en euros un café de aeropuerto que quiero decirme a mí misma que es espectacular, pero es una mierda.

Cruzo la puerta de salida, respiro hondo y siento el olor de Madrid. Toda ciudad tiene su olor de raíz. Entendí eso cuando, después de mucho tiempo en Chile, volví a Brasil y olí el aire. Brasil huele a humedad, a pasto cortado y a transpiración. Chile huele